

REFLEXIÓN

Monólogo a la voz y la palabra¹

A monologue for the voice and the word

Diego Alejandro Pérez Múnera*
Alexander Rodríguez Bustamante**

Resumen

Es evidente que el ser humano fue dotado de un gran regalo: el lenguaje, aquel que le impregna desde sus primeros años de vida y le permite conocer, expresar, sentir, relacionarse. Este que se habla, se escribe, se lee, se interpreta de tantas maneras; pero también aquel que, por descuido o tal vez por desinterés, se maltrata en su esencia, se corrompe en su verdadero sentido. Y dentro de ese don llamado lenguaje, aparece el idioma, como particularidad propia de un grupo humano, en nuestro caso el castellano, más conocido como el español, tan rico en grafías, en estilos, en colores, pero también tan vulnerable por las propuestas atrevidas que buscan cambiarle, no solo el sonido, sino la esencia. Por eso, este artículo, a modo de cavilación personal de los autores, y sin ánimo de ofender o imponer, busca incitar la reflexión de cada lector, en aras de darle el lugar que el lenguaje se merece, y salvarlo, por qué no, de tanto abuso.

Palabras clave

Voz; Palabra; Lenguaje; Lengua materna; Idioma.

Abstract

It is evident that the human being was endowed with a great gift: language, the one that pervades him from his first years of life and allows him to know, express, feel and relate. This one is spoken, written, read, interpreted in so many ways; But also, the one which is, careless or perhaps disinterested, mistreated in its essence, is corrupted in its true sense. And within that gift it is also called language, the language appears, as a peculiarity of a human group, in our case the Castilian language, better known as Spanish, so rich in spelling, in styles, in colors, but also so vulnerable by the daring proposals that try to change its sound and even its essence. So this article, by personal description of the authors, and without the intention of offending or imposing, seeks to incite the reflection of each reader, in order to give him the place that the language deserves, and to save it why not from so much abuse.

Keywords

Voice; Word; Language; Mother tongue; Language.

¹ El presente texto surgió de la reflexión del "Taller de habilidades comunicativas" organizado por la Vicerrectoría de Investigaciones para los estudiantes de los distintos Semilleros de Investigación de la Universidad Católica Luis Amigó, durante los meses de marzo y abril de 2017 orientado por el profesor Alexander Rodríguez Bustamante, Coordinador de la Especialización en Terapia Familiar de la misma Universidad.

* Comunicador Social de la Universidad Católica Luis Amigó, Medellín-Colombia. Correo electrónico: diego.perezmu@amigo.edu.co

** Magíster en educación y desarrollo humano. Docente de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales y la Escuela de Posgrados de la Universidad Católica Luis Amigó. Líder de la línea de investigación "Calidad de vida" del grupo de investigación "Familia, desarrollo y calidad de vida", Medellín-Colombia. Correo electrónico: alexander.rodriguezbu@amigo.edu.co, <https://orcid.org/0000-0001-6478-1414>

Introducción

Volver sobre el texto escrito en tiempos de no escritura resulta ser un ejercicio de contemplación y absoluto disfrute. Este texto, cuya pretensión continuará siendo la reflexión por las palabras y su significado, resulta ser una voz a dos bandos -la de los autores- que desde sus lugares comunes y singulares desean develar la potencia que sobre la voz y la palabra se debería dar en los espacios en que ellas participan. En el ejercicio de la escritura las ideas pueden contener unos tiempos, ritmos y dislocaciones, lo que se asimila a la gestación, la cual conlleva en sí misma cierto misterio hasta el momento del alumbramiento.

Esos pasos -el del nacimiento/surgimiento a la vida- nos invita a: cuidar, celar, replantear, conversar, comunicar, aprender, desaprender, visionar, controlar, validar; en fin, *estar*. En soledad, regresamos al momento ventral, cuya distancia con el corazón de la madre es único e inimaginable, y con ello ponemos de relieve nuestra fragilidad humana, para demostrarle y contarle al mundo una historia, la nuestra, que se cuenta inicialmente con un balbuceo-palabra, sonidos-frases, miradas-descripciones, discursos completos-el texto; así, de manera espontánea y vivaz, el cuerpo del escrito surge con su ropaje que agolpa y transforma al ser leído, que transforma al ser contado. Monólogo a la voz y la palabra resultará para algunos de los lectores una posibilidad, dentro de un mundo de oportunidades, para descubrir el significado y el significante, no solo de lo que se escribe, sino de la intención al hacerlo, de los efectos que propicia y del sentimiento que genera al escribir una historia que siempre nos tocará, estemos donde nos encontremos.

Y precisamente, ese texto que se alumbra, esa palabra que nace de lo profundo, debe cuidarse, porque en esencia es vida; por ello, también esta reflexión es la manera sutil de invitar, de acompañar, de generar esa preocupación por el cuidado de la palabra, hablada o escrita; porque, sin lugar a dudas, aquello que se aflora por su medio, debe ser tan puro, que quien reciba este destello de luz, por medio de algún mensaje, no solo entienda, sino que se sienta parte de lo que recibe. Monólogo a la voz y a la palabra, no es más que el llamado, a grito profundo, para que entandemos el lenguaje en su esplendor, y le valoremos, no solo en el mundo académico, científico y formal, sino en la vida diaria, en esa cotidianidad que se hace de palabras, cuando se saluda al vecino, se declama el amor al ser querido, se comparte el conocimiento a los pares, o simplemente se deja aflorar un disgusto por algo no comprendido. La palabra viene desde adentro, desde que se nace y hasta que se muere; por ello, quien la tenga que la cuide y la use con el mayor recato posible. Bienvenidas la voz y la palabra.

La voz y la palabra

Muy a menudo se habla de la gran riqueza de nuestro idioma. Es verdad, el castellano, la lengua de Quevedo, Cervantes, Calderón de La Barca, Neruda, Vargas Llosa, García Lorca, Mistral, García Márquez; además, el idioma que hablamos más de cuatrocientos millones de personas; es uno de los más bellos del planeta, y cuán difícil es.

Sin embargo, por ser nuestro, nos atrevemos con él de tantas formas: lo abreviamos, lo deformamos, abusamos de su esencia, y a nadie parece importarle. Tal vez su única forma de defenderse es ponernos trampas para hacer quedar en evidencia nuestra mediocre, que decir mediocre, nuestra escasa preparación lingüística en la lengua materna.

Se supone que la instalación en el cerebro del código lingüístico materno, debe darse durante los primeros años de vida, ya que es uno de los dispositivos básicos para el aprendizaje; así lo enfatiza Montessori (como se citó en Morales Ruiz, 2015): “El único lenguaje que el hombre adquiere con perfección y sin titubeos es el que aprende en el primer periodo de la infancia” (p. 307); no obstante, nosotros seguimos como si nada. En la vida común se escuchan cosas como: sisas parece, ¿sí o qué?, a lo bien, bacano, súper, mega, ¿entonces qué o qué?, y otra serie de atrofiadas perlas, que espetamos sin el más mínimo pudor. Pero lo más dramático de esta situación, es el hecho de que lo hacemos como parte de la cotidianidad de nuestra vida académica.

El mal trato a nuestra lengua materna ha sido tema de reflexión de múltiples académicos, cuyas voces se hacen y se han hecho escuchar con mayor o menor vehemencia sobre el asunto, a pesar de los atrevidos intentos invasivos que, además, se han pretendido legitimar, como el parlache. De hecho, la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española (2013), como dignas autoridades, han dedicado un libro a la reflexión de este asunto tan fundamental para la sociedad; su mismo título: el buen uso del español, sencillo y conciso, deja entrever su alcance y motivación; bien indican las mencionadas entidades:

Comunicarse es adoptar un comportamiento social sujeto no solo a las reglas del código lingüístico, sino también a pautas sociales que intervienen en todos los aspectos de la comunicación. En virtud de estas convenciones nuestros mensajes pueden ser calificados de adecuados o no adecuados, corteses o descorteses, coherentes o incoherentes, verdaderos o falsos, claros o confusos, oportunos o inoportunos, correctos o no correctos (...) Las interacciones comunicativas se rigen por normas sociolingüísticas, culturales y conversacionales cuya violación puede provocar quiebras en la comunicación más graves que la transgresión de una regla del código. (p. xiv).

La verdad, solamente se pretende, desde nuestra humilde posición, invitar a una reflexión y a realizar un propósito, en aras de procurar ofrecerle un mejor trato a ese maravilloso código de comunicación llamado, por algunos, castellano, y por otros, español; para este caso, ustedes podrán elegir cómo llamarlo. Esa primera diatriba sobre cómo designar a nuestra lengua, se generó porque el castellano era una de las lenguas que se hablaba en España, pero esto no debe convertirse en sofisma de distracción, realmente no es lo importante; así lo deja entrever Pinzón (2006):

Se reconoce el interés de quienes abren y mantienen la polémica, pero la reflexión va más allá del mero nacionalismo, hay que estimular a los hablantes para que conozcan su lengua, para que la respeten en el uso, sin caer en la racionalización, sin olvidar que el lenguaje es una función del cerebro, y se concibe como una propiedad de la mente. (p. 17).

Y hablando de ese uso o abuso de la lengua, dejaremos a continuación algunos esbozos, ejemplos, o destellos de la realidad de este asunto, al que cada vez se le presta menos atención. Empecemos por recordar que, en un momento indeterminado de la historia, más bien reciente, a alguien se le ocurrió que el contundente verbo *poner* solamente tenía que ver con la actividad vital de las gallinas, y que, por

tanto, las únicas que ponían eran dichas aves; y que era considerado de buen tono, de persona fina, sustituirlo por el muy práctico verbo *colocar*, de manera que hoy día, nuestra buen amiga Natalia se *coloca* nerviosa para las entrevistas de trabajo.

Y ¿desde cuándo se les ocurrió que el verbo distinguir, que entre sus acepciones o significados hace alusión a destacar, era sinónimo de reconocer a alguien? Es así como tenemos a una sicóloga, muy linda ella, que nos indica que *distingue* al Decano, en lugar de decir que lo reconoce entre otras personas.

Del mismo género son aquellos y aquellas a quienes les parece poco fino pronunciar como se debe el muy sonoro diptongo que forman las vocales *ia*, en palabras tan cotidianas para nosotros como fotocopiar, y se las dan de muy finos diciendo: *vamos a fotocopiar el documento*. ¡Si supieran que, a nosotros, esa finura nos suena a flatulencia!

Esa clase de personas, cae redondita ante el reto de conjugar verbos tales como: abolir y empedrar. Los muy lanzados se atreven y dicen cosas como: yo abuelo, tu abueles, y luego se paralizan y enmudecen con una especie de pudor mal disimulado, que termina en una carcajada tonta.

El desaliento ante la más inminente catástrofe lingüística nos invade, cuando algún joven, o no tan joven, profesional, se atreve con el frágil, exquisito y fecundo verbo *haber*: “hacen”, “haigan” (No, no es otitis, es que nos duelen los oídos.) Y tan campantes, continúan maltratado al pobre verbo haber, sin caer en la cuenta de que su uso, como auxiliar de infinidad de otros verbos, yo he visto, tú has traído, vosotros habéis cortado, entre otros, es una cosa muy diferente a su significación de existir, de estar presente. De manera que en forma indiscriminada se escuchan cosas, tales como: en la fila habíaN tres personas ¡Por favor!, que les sobre esa N.

Por otra parte, el uso correcto de la tilde forma otro capítulo. Su ausencia, en un párrafo escrito con la mayor seriedad, resulta hilarante. Ni siquiera han aprendido el más elemental de sus empleos para determinar el pasado de los verbos. Nos permitimos usar como ejemplo el Microrelato “El drama del desencantado”, de García Márquez (s. f.):

(...) el drama del desencantado se arrojó a la calle desde el décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los amores furtivos, los breves instantes de felicidad cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su concepción del mundo y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

También, escuchando la radio o viendo la televisión, a menudo nos preguntamos, ¿cómo han obtenido esos locutores y presentadores, hombres y mujeres, su licencia para hablar y presentar por esos medios? Sus dificultades de dicción, puntuación y por tanto de comprensión, son evidentes. Por no hablar del sonsonete y acentico costumbrista que irrita y agota la paciencia. ¿Qué tal aquello de: *aplican restricciones?* o, *en las pasadas votaciones se notó un gran número de astenciones*. Luego aparece la siliconada presentadora que quiere hacer una observación porque solamente tiene una *otción*. ¡No hay derecho!

La grandeza de nuestra lengua castellana no se mide solamente por la abundante y milenaria literatura creada en ella, sino por la riqueza e infinita variedad de formas para expresar lo que se pretende. Además de la abundante sinonimia, existen otras figuras retóricas tales como la Palíndromía, que son una verdadera delicia, no solamente para el ejercicio del intelecto, sino para el placer y fruición de conocer más y mejor nuestro idioma.

La Palíndromía, entonces, consiste en construir frases de manera que se lean igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda; también, existen palabras palíndromas como Reconocer y Anilina. Algunos de los más célebres juegos de palabras de este tipo son: i) “Dábale el arroz a la zorra el abad”; ii) “Odiosa, ¿has oído?”; y iii) “Adán no calla con nada”. (A que ya están tratando de verlos escritos para leerlos en ambos sentidos).

¿Qué tal si jugamos ahora con algunas palabras homófonas? Es decir, con aquella clase de palabras que suenan igual, pero que se escriben con diferente ortografía. Ejemplo: “Cuando visitamos La Haya, fuimos en compañía de nuestra aya y nos sentamos a descansar bajo la sombra de una frondosa haya, que la aya halló”. En este punto, también, recordemos una conversación entre uno de los autores de este texto con alguno de sus estudiantes: *Alexander*; aré lo que pude. Estudiante; profe, me extraña, así no se dice, usted está equivocado. Se dice: hice lo que pude. *Alexander*; vale, pero es que yo estoy conjugando el verbo arar, porque estuve arando la tierra.

Es evidente que el estudiante cayó en la trampa, como posiblemente también cayó usted. El oído es muy importante, pero para la adecuada comprensión idiomática, lo son, también, los demás componentes gramaticales.

Por otra parte, el gran poeta español Miguel Hernández, emplea la anáfora, otra importante figura retórica que consiste en la repetición de una o varias palabras, al principio de un verso o enunciado; en un fragmento de su célebre “Elegía a Ramón Sijé”, poema escrito en 1936, se presenta:

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.
No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada (p. 1).

A parte de las palabras, la ortografía, las figuras retóricas, los signos de puntuación, y todo aquello que suene y huela a comunicación escrita, es menester retomar de nuevo lo oral, el lenguaje de la palabra, del sonido, del tono, de la fricción de cuerdas vocales. La lengua materna, que como dijimos se instala en el cerebro del infante, no es más que aquella que permite hacer eco lo escrito, sonar lo mudo, dar color a lo gris y música a las letras muertas en un papel. Bien clarifica Rodríguez Bustamante (2013): “La oralidad es cualidad de lo oral. De todo aquello que decimos con las palabras. Entre todos los seres vivos, solamente la comunidad humana tiene codificado un sistema de comunicación verbal y escrito, propio” (p. 7).

Tal vez esa autoridad, o ese creernos superiores por este don del lenguaje, nos lleva, o por lo menos a muchos, a no entender el poder de las palabras, y su encanto indiscutible, y terminar usándolas para destruir, insultar, maltratar, para, como de nuevo nos expresa Rodríguez Bustamante (2013), matar pasiones, que en un contexto metafórico indica que con una sola palabra se acaban relaciones, se destruyen ilusiones, se arrugan corazones; pero también, con esas mismas palabras, se pueden dibujar las más extensas sonrisas y salvar las almas más tristes: “Las palabras pueden matar pasiones, pero también, aunque sea de forma metafórica, pueden dar vida, o al menos salvarla” (p. 9).

Pero, también, están aquellos que creen hacer buen uso del lenguaje, porque le conocen, le respetan y le veneran con un léxico, que hace que cualquiera se quite el sombrero, pero que cuando esas palabras que se gestan desde lo profundo, recorren la garganta, toman forma por el choque de las cuerdas, y salen por la boca, se expresan, se pintan de sonido, pierden la magia, por culpa de aquello que llamamos el tonito; *hermoso lo que expresas, no hay error alguno, pero la formita en que lo dices choca, molesta, sofoca*; es evidente que, en aras de una comunicación efectiva, y de salvar el lenguaje que nos es propio, es menester no sólo tener un legado de palabras rebuscadas, o las aprobadas por la RAE, sino la forma en que estás se afloran. Dicen Rodríguez y López (2015):

Dependiendo del tono de voz empleado para dirigirnos a alguien, los favores pueden sonar como órdenes, las instrucciones como sentencias perentorias y las sugerencias como burlas. El tono de voz implica la emocionalidad e intencionalidad de quien habla y también el grado de susceptibilidad de quien escucha (p. 43).

El deseo profundo de los autores es interiorizar la necesidad de salvar nuestro lenguaje, del mal uso, del abuso; lo hacemos o, lo deberíamos hacer, por el placer de hablar, leer, escribir y escuchar correctamente en nuestro maravilloso idioma; el que aprendimos de nuestros padres y familiares más cercanos; por el español de nuestras primeras palabras, de nuestras primeras letras; en el que aprendimos las primeras oraciones; en el que aprendimos a maldecir y renegar, pero en el que también sabemos conjugar el verbo AMAR.

Conclusiones

Autodisciplina en la escritura y preparación. Se exige, que seamos impecables en el trabajo académico escritural y verbal. La autodisciplina nos lleva al éxito en nuestras presentaciones. Integridad en las palabras. Mis acciones coinciden con las palabras escritas y dichas, dando poder y potencia a lo que deseamos transmitir. Además, la capacidad de oratoria. El poder que las palabras y su énfasis imprime a la audiencia (lector o auditorio). Hablar en público se refiere a ser un gran estratega en el mundo de la *verbalidad* para saber hablar y exponer; si no tenemos nada que decir importante, no digamos nada.

Ahora, invitamos a nuestros lectores a tener en cuenta los siguientes pasos en su permanente ejercicio del hablar:

Paso 1. Ubicar el público, hemos de conocerlo: personas visuales, auditivas y kinestésicas. Estas tres poblaciones son las que se encuentran en nuestros auditorios, y como oradores los hemos de detectar para no entrar en conflicto con el público.

Paso 2. Proyectemos imagen positiva ante el auditorio. Una imagen proyectada que imprime un sello especial en contexto. Revisar la manera como cada uno se ve en una exposición, y lo más importante como lo ven los otros. La capacidad profesional también se transmite de la manera estética como nos proyectamos ante el mundo, de acuerdo al contexto, -la impresión primera es la que quedará para siempre-.

Paso 3. La no verbalidad en nuestro hacer cotidiano. El cómo paralingüístico es vital en nuestro cotidiano trabajo expositivo: el tono, el acento, los movimientos faciales, la pronunciación, la velocidad, entre otros.

Paso 4. Presentaciones novedosas, innovadoras, distintas: hacer de lo difícil algo sencillo de asumir visualmente, acompañado con las palabras ideales-fáciles de comprender; la clave es presentar lo impresentable, de manera que en la vía de la comprensión el auditorio salga del espacio hablando de lo que usted expuso.

Paso 5. El discurso y sus partes (el exordio, el nudo temático, el final). El *exordio* me permite ganarme al auditorio; un buen inicio da ganancia temática para que el auditorio se quede presente hasta el final; un gran inicio en nuestras exposiciones son grandes exordios espectaculares. El *nudo* alude al corazón de la exposición, se dice “el qué” de la exposición. El *final*, estimular la compañía del auditorio para finalizar las ideas principales de la exposición, y dejar a los invitados atrapados y sintonizados con el tema. Todo lo anterior, aplica para nuestro ejercicio de escritura y exposición verbal. Invitamos a nuestros invitados a continuar en este ejercicio, nada fácil como habilidad comunicativa.

Conflicto de intereses

Los autores declaran la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

Referencias

- García Márquez, G. (s.f.). El drama del desencantado. *Narrativa Breve*. Recuperado de <http://narrativa-breve.com/2014/09/microrrelato-gabriel-garcia-marquez-el-drama-del-desencantado.html>
- Hernández, M. (1936). *Elegía a Ramón Sijé*. Recuperado de <http://usuaris.tinet.cat/elebro/poe/mher/elegia.html>
- Morales Ruiz, J. J. (2015). María Montessori y la educación cósmica. *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña*, 7(2), 290-326. Recuperado de DOI: <http://dx.doi.org/10.15517/rehmlac.v7i2.22697>
- Pinzón Camargo, L. C. (2006). La denominación de la lengua: ¿Castellano? o ¿Español? *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, (7), 111-118. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=322230192011>
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (2013). *El buen uso del español*. Madrid, España: España.
- Rodríguez Bustamante, A. (2013). De oralidades, expresiones y vacilaciones ¿Cómo matar pasiones? *Poesis*, (25), 1-12. Recuperado de <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poesis/article/view/629/597>
- Rodríguez, A., y López, G. M. (2015). El acento en el discurso: el problema del tonito. *Revista Textos*, 12(20), 36-44.